

PQ7297

C97

1889

V. 19

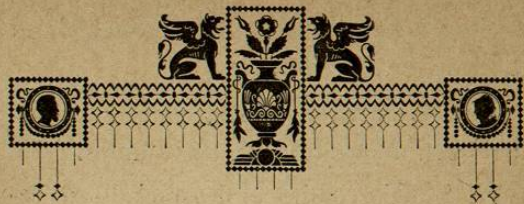
t. 4



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



CAPÍTULO I.

EN EL CUAL VERÁ EL LECTOR EL
RESULTADO DE LA HISTORIA
DE LAS TORTÓLITAS.

NOS vemos en la necesidad de conducir al lector á cierto punto de nuestra historia en el que, sin fatigar su atención, pueda juzgar de la situación de nuestros personajes, y enterarse de lo que á todos ó al menos á los que más les interesan, les había sucedido, y cuál era su respectivo predicamento.

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Ocupémonos, pues, preferentemente, de Chona y de Salvador.

Chona estaba hablando, como solía hacerlo con frecuencia, con las sombras.

¿Y á quién confiar el desgraciado sus secretos? ¿á quién contar el delincuente sus temores? ¿á quién decirle sus amarguras, aquél que ha roto una ley santa?

La sombra y el silencio han evaporado más lágrimas que el sol gotas de rocío.

El dolor nació en la primera noche de la creación, y desde entonces se viste con el capuz nocturno, y desde entonces elucubra entre las sombras

Chona buscaba ese abismo á donde no penetra la visión, pretendiendo que allí tampoco penetrara el pensamiento de los demás.

Pero el pensamiento es una electricidad que sabe atravesar los espacios y no conoce más límites que el infinito.

Sigamos á Chona con el pensamiento.

Acababa de apartar de sus labios una copa, y el nectar aún humedecía sus labios

cuando sobre su frente teñida de rubor, se cernía el angel justiciero.

Entonces, al evaporarse los últimos aromas, al hundirse las últimas estrellas, al disiparse los postreros resplandores, fué cuando, negro, solemne como la verdad, se irguió el fantasma de la ley única, para señalar con dedo inexorable al reo convicto.

En tropel, como bandada de seres de otro mundo, venían á la mente de Chona las ideas de la reprobación. Un cambio repentino, un cambio horrible acababa de arrancarla del cielo de su amor, para arrojarla al erial de la conciencia desamparada, al desierto de las frías contemplaciones, á la eterna vigilia de la meditación.

Risueños, alados y voluptuosos se habían escapado los subversivos genios del amor; y en el mutismo de la sociedad, se levantaba lenta, fría, pálida, inexorable la verdad, como la única encarnación en un limbo sin límites.

Atrás un panorama que se desvanecía, al presente una austeridad que helaba, al por-

venir la barrera que no salvarán los delin-
cuentes.

¡Qué horrible tránsito! ¡qué espantosa
soledad!

La noche sabe saborear esas amarguras
que deslíe en sus tinieblas.

El silencio sabe recoger esos sollozos que
ahoga en sus sopores.

La soledad sabe comprender esas angus-
tias que sepulta en sus calladas urnas.

Chona estaba sola.

En su semblante había como la huella
de una destrucción reciente, en sus ojos ha-
bía el brillo de la fiebre.

Los labios entreabiertos daban á la boca
de Chona esa indescribible expresión del
dolor supremo de las grandes angustias.

En la fisonomía de Chona, estaban todas
esas líneas que jamás el pincel pudo copiar,
pero que han sabido adivinar algunos pin-
tores.

Hablaba sola.... y quedo, como si temie-
ra que la oyesen los muros.

—¿Con que había un hasta aquí?.... ¡ne-
cia!....

Cómo seguí en la pendiente funesta has-
ta rodar en el abismo.... ¡Amor, amor! deli-
cioso origen del tormento ¿por qué me fuis-
te á despertar de mi sueño, por qué me
arrebataste de aquel sagrario de mi indife-
rencia, para que mi corazón exprimiera to-
dos sus raudales, hasta encontrarse hoy en
la sequía de la desolación?

¡El!.... ¿qué clase de sér es éste en cuya
alma se mezclan los aromas de la poesía
con el cieno del crimen? ¿qué encarnación
diabólica puso ante mí la suerte? ¿por qué
lo ví, por qué lo amé, por qué lo amo toda-
vía, qué hay en mí también de profunda-
mente ciego ó de impiamente criminal, que
no puedo aborrecerlo?.... ¿por qué mi amor,
que sabía flotar á par de las nubes del in-
cienso, por qué este dulce amor que sabía
hablar de pureza, pudo encenagarse en el
pantano voluntariamente? ¿por qué no mo-
rí antes de vergüenza? ¿dónde estaba mi fé,
mi valor y mi resistencia?

La expresión del semblante de Chona, fué entonces de amargo sarcasmo: vagaba por sus labios una sonrisa extraña.

—¿Y éste era el punto de partida á un amor perdurable? exclamó. ¿Y después, qué habrá delante de mí? ¿Sobre qué tabla navegaré en el piélago de mi amargura? ¿qué ojos podrán fijarse en los míos, que no lean «crimen» en cada una de mis angustias? mi dolor dará risa, mis lágrimas caerán sobre mí misma, y la sociedad en su eterna frialdad ó en su eterno festín, firmará entre sus risas el estigma que he de llevar sobre mi frente!... y ¡cómo pasarán á mi lado las murgercillas y las delincuentes ataviadas y ufanas, rozándome con sus galas, para establecer una igualdad que me hiela la sangre!.....

Hoy, hoy mismo, ya mi nombre es pasto de corrillos, befa de maldicientes, escándalo de hipócritas, platillo favorito de las conversaciones.

Tengo delante á Castaños, á ese pulcro, á ese espía del gran mundo, á ese eterno comentar, con su Anita y con todas sus

amigas: ya me parece que le veo torciendo el gesto al oír mi nombre, enderezarlo al oír el de Carlos, compadecer á éste, es execrarme á mí....

Y la campanuda doña Refugio, cuya voz es una esquila, y cuyos fallos acogen los demás, sin más méritos que el diapason de sus habladerías; y todas, todas esas gentes cuyos secretos poseo, cuyas poridades he sabido guardar, hoy hacen plaza de mi... de mi estupidez!... y no les basta el nublado de su conciencia, ni el recuerdo de lo que son, ni hallarse con pecado para tirar la primera piedra...

¿De qué me sirven sus secretos, para qué quiero sus faltas, qué uso podría yo hacer de lo que sé, cuando no me siento dispuesta á echárselos en cara, y cuando ni esto les quitaría el derecho de denigrarme?

¡Qué horrible situación! qué derrumbamiento tan irreparable! ¡Qué fría es la crueldad de las gentes; qué inapelable es el fallo social! sólo una vez se cae en ese abismo... y después... no hay más que una especie de

muerte sin esperanza: he muerto ya, no pertenezco al mundo!

Calló Chona, como si las sombras de un sepulcro la hubiesen envuelto, y se perdió su pensamiento en el negro piélago de sus amarguras.

El lector necesita saber dónde estaba Chona cuando esto pasaba.

Acababa de hacer una travesía penosísima: por primera vez en su vida había caminado de noche y á caballo.

Todo aquello le parecía un sueño.

Corriendo mil peligros habían atravesado Chona y Salvador por campos solitarios, por rocas escarpadas, al borde de negros precipicios; porque una vez emprendida la fuga, necesitaban interponer el mayor espacio posible entre ellos y sus perseguidores: tenían la seguridad que en la hacienda pondrían todos los medios posibles para averiguar su paradero; pero después de una carrera fatigosa, después de una expedición nocturna, pasada en su mayor parte en medio del silencio, hubieron de rendir la jornada.

Salvador pensó, al llegar á una población al amanecer del día siguiente, que debía alojarse lo mejor posible, pero en todo caso, necesitaba que quien les diera la hospitalidad, fuese persona discreta.

Pensó por lo tanto en el cura, preguntó por él; y merced á algunas frases oportunas y hábilmente dichas, este buen señor no tuvo embarazo en ser hospitalario y servicial.

...Debemos permanecer aquí cortos momentos: mi señora y yo, decía Salvador al cura, por ciertas circunstancias de que haré á usted mención, si en ello tuviese algún interés, deseáramos solamente descansar, sin ser notados.

Pintó en seguida Salvador al señor cura su situación y la de Chona, con los mas preciosos datos de verosimilitud. Se trataba de una hija de ambos que iba á casarse mal, y deseaban llegar á tiempo sin ser sentidos, para evitar á toda costa un enlace desventajoso.

Salvador, acostumbrado á lances de esta especie, tenía todo el aplomo y serenidad

necesarias para forjar historias, y engañó resueltamente al señor cura.

Pero Chona estaba en un estado tal de abatimiento, que no tenía fuerzas ni para afirmar las aseveraciones de Salvador; circunstancia que no pasaba desapercibida para el señor cura, á quien le pasaba por las mientes, que todo aquello podría muy bien ser, en último resultado, una intriguilla amorosa.

Salvador tuvo necesidad de salir á proporcionarse medios de continuar la fuga bajo mejores condiciones, y dejó sola á Chona la mayor parte del día.

Había oscurecido completamente, y Chona permanecía encerrada en su habitación, en donde la hemos visto al principio de este capítulo, entregada á sus amargas reflexiones.

Veamos entretanto lo que había pasado en la hacienda grande, pocos momentos después del asalto.

Castaños no cesaba de buscar á Salvador por todas partes, con el pretexto de juzgarlo indispensable en la defensa.

Anita, doña Refugio y las demás señoras, no tardaron también en notar la desaparición de Chona, que al principio atribuyeron á que, creyéndose tal vez mas segura en algún escondite particular de la casa, se había ocultado, sin averiguar el paradero de las demás señoras, lo cual, entre éstas, empezaba á ser tenido como un refinado egoísmo.

Pero cuando la noticia de la desaparición de Salvador, cayó entre aquellas señoras, entonces los comentarios tomaron muy distinto caracter; y á pesar de que el peligro común preocupaba los ánimos, cada uno para sí y por medio de algunos apartes, tenía ya bien entendido, que además de la desgracia del asalto, había que lamentar el funesto desenlace de una historia que, con más ó menos detalles, circulaba lo bastante hacía algún tiempo entre todos aquellos buenos amigos de la casa.

Cuando los asaltantes abandonaron el intento de forzar las puertas, y faltando ya poco para que aclararse el día, los defensores

de la casa se persuadieron de que habían logrado rechazar al enemigo, y apenas pasó el susto, Chona y Salvador fueron el único pensamiento de todos.

—¿Qué ha sucedido por fin? preguntaba doña Refugio afligida.

—Que no parece, le contestaba alguna persona que, vela en mano, acababa de recorrer todas las piezas de la casa en busca de los fugitivos.

Este ha sido un golpe de mano, decía otro, todos creen que los bandidos han sido rechazados, y en mi concepto se han retirado porque lograron su objeto.

—¿Cuál objeto?

—Muy sencillo, plagiar á Chona.

—Á Chona y á Salvador querrá usted decir, observó Anita, porque son los dos que no parecen.

—En efecto, son los dos; es muy probable que en el momento del asalto, los hayan encontrado juntos y se los hayan llevado.

—¿Pero por dónde han entrado?

—Por el jardín, dijo Santibañez.

—Es cierto, dijo uno ¿recuerdan ustedes que la habitación de Chona, tiene escalera para el jardín?

—Efectivamente.

—Y esa escalera, agregó Anita, está totalmente cubierta por las enredaderas; después siguen los olivos que son tan copados, y luego está la gruta; de manera que bien se puede estar en la azotea haciendo fuego, sin ver lo que pasa en el jardín.

—Y luego de noche, dijo D. Nestor.

—Según todas las probabilidades, los plagiarios han entrado por el jardín, han subido la escalera que conduce al cuarto de Chona, y al encontrarla allí...

—Con Salvador, agregó Anita.

—Naturalmente, dijo con timidez una polla.

—Pues señor; continuó D. Nestor, los encontraron allí, los obligaron á bajar, se los llevaron, y una vez con esa presa, abandonaron el proyecto de seguir atacando.

—Tanto más, agregó Santibañez, cuanto

que á cada momento, la resistencia era mas heróica; por mi parte creo haber disparado más de cincuenta cartuchos metálicos de Lefouchet; toquen ustedes mi pistola, toque usted Anita.

—¡Yo no, qué miedo!

—¿Está descargada? preguntó Carolina.

—Sobre que acabé con los cartuchos.

—¡Ay! dijo Anita, que había tentado la pistola, está como lumbre.

—¿Y Carlos? dijo uno muy quedito.

—No lo he vuelto á ver, dijo Castaños.

—Yo si lo ví, dijo un señor, tanto que le dirigí la palabra y no me contestó; después lo ví que se dirigió á sus piezas.

—Allí está, dijo una señora, lo he oído toser.

—Yo no sé si les sucederá á ustedes lo que á mí, dijo Castaños, pero estoy temiendo el momento de encontrarme con el señor D. Carlos.

—Á mí me sucede lo mismo, dijo doña Refugio, no sabe uno qué cara poner.

—No sabe uno de qué hablarle, porque.... cállate lengua, dijo Anita.

—¿Qué iba usted á decir, mi alma? le dijo una señora.

—No.... nada, sino que.... como.... en fin, uno ya tiene antecedentes....

—Pues....

—Oye uno decir lo del plagio, y que si entraron, y que si no entraron; pero la verdad es, que después de la conversación de las tortolitas, esto estaba ya en el caso de dar el reventón.

—Por decontado, exclamó doña Refugio, si yo estaba tamañita; le aseguro á usted que he pasado unos momentos....

—Yo hubiera jurado que Salvador y Carlos se batían.

—La cosa no es para menos, agregó Castaños, un amigo.... y luego.... no, no, si yo no sé cómo se le fué á meter el diablo en el cuerpo á este hombre....

—Y con quién fué á dar, diga usted.

—¡Con su amigo íntimo!

—¡Con su hermano!

—No, si lo que hace el amor; crean ustedes que tiene el niño ciego unas salidas, dijo Carolina, procurando que lo oyera bien Castaños.

—¡No, qué amor va á ser ese! contestó Castaños, con intención de contestarle á Carolina; ¡el amor! el amor no hace barbaridades, todo ello no es más que el resultado de la desmoralización, de los malos sentimientos, de los malos principios.

—Pero en fin.... decía doña Refugio, como queriendo detener un tanto la opinión, por un resto de conciencia. No hay que asegurar cosas que no nos constan, porque si bien es cierto que todos estábamos en ciertos antecedentes, bien puede haber sido una coincidencia. ¿Quién puede asegurar que no son los bandidos, los que cargaron con Chona y Salvador?

—Ya se vé que puede ser, dijo Castaños, y por mi parte no afirmo otra cosa; pues que entre afirmar que Chona y Salvador se han ido por su voluntad, ó afirmar que los han plagiado, no vacilo en asegurar lo se-

gundo, siquiera porque mi corazón así lo desea, porque en fin, del mal el menos.

—Todo es malo.

—Ya se vé que todo lo es, pero francamente, dijo doña Refugio, he aquí un caso en que debía uno alegrarse de que hayan sido plagiados.

Este tema con variaciones en todos los tonos, dió abundante materia á los estimables convidados, para que entretenidos entre lástimas y maledicencias, se les pasase el tiempo sin sentirlo.

